

## TESTIMONIO INDIVIDUAL DE UN RETORNADO

Yolanda Muñoz  
Psiquiatra  
CINTRAS

Después de pasados más o menos 4 años desde que retorné a Chile, luego de haberme creado un espacio a codazos y empujones en este “nuevo” país, puedo definir mi nuevo pequeño mundo con dos palabras: pobreza y soledad.

Pero estoy inserto. Tengo trabajo, unas escasas horas de trabajo. Lo que gano no me permite llegar a un nivel de vida con dignidad mínima, apenas con un semi-decoro.

Vivo independiente, ¡cuánta angustia me cuesta! Lo que gano es para pagar el arriendo donde vivo. Con frecuencia no me queda un centavo para comer y menos para transporte. Ahora soy un campeón en caminar cuadradas y cuadradas. Sin embargo, tengo una gran conquista: vivo solo, tengo privacidad. Después de la experiencia de vivir allegado, mi privacidad es intransable.

Tengo muy pocos amigos. De los de antes del exilio he rescatado dos; de los de después del exilio serán otros dos y aún los estoy conociendo.

En medio de mi soledad con frecuencia recuerdo el momento en que decidí volver a Chile: no sabía que me transformaría o caería en el “status” de retornado.

Recuerdo mi llegada: Después de 12 años de exilio vuelvo por fin a mi país. Me parece increíble haber estado lejos tanto tiempo, ya sólo me quedan 2 ó 3 horas de vuelo para llegar. Dentro de poco pasaremos la cordillera, creo que entonces me sentiré en Chile.

Con cierta tensión pasé todos los rituales de todos los aeropuertos: policía, aduana, etc. Sin embargo, no veía a nadie afuera; la verdad es que no podía ver, porque como herencia de la dictadura -entre tantas- este aeropuerto no permite ver quién llega o quien se va. Suprimieron las terrazas, las puertas son espejos, los aviones aterrizan muy lejos. O sea que podían detener o secuestrar a quien les diera la gana y si venía solo, nadie se enteraba. Así percibí la presencia de la dictadura al llegar a Chile. Muy pronto se haría sentir a toda orquesta, de manera macabra.

Me dirigí a la puerta de salida caminando como entre algodones; (mi corazón parecía que iba a reventar), alguien gritó mi nombre, era una hermana. Corrió a recibirme; me dio un abrazo eterno; lloraba sin consuelo. Por sobre mi hombro divisé a dos antiguas amigas muy queridas, las vi muy compungidas, estaban a punto de llorar. Me desconcerté un poco, yo sólo quería reírme a gritos, reírme con toda el alma y el cuerpo. Sentía deseos de saltar, agitar los brazos al cielo.

Tuve que hacer un gran esfuerzo por controlarme y creo que la emoción y la alegría las hacía llorar (pero si todos estábamos contentos ¿por qué no reírse?). A las tres las encontré muy envejecidas; me decían “estás igual”, yo tenía encima la misma cantidad de años que ellas.

En el camino a Santiago me iban mostrando todo lo nuevo desde 1973, yo miraba y no veía. Pregunté por toda la familia. Los mayores estaban viejos, los menores estaban adultos, algunos habían muerto. Los vivos estaban bien. Todos querían verme.

Quise descansar, dormir un poco, no pude, estaba sobreexcitado. Constantemente, como en imágenes sobrepuestas, irrumpían escenas de mi casa y los amigos que había dejado en el otro país

que me acogió por tantos años. Los veía de manera vívida, casi reales; con sus grandezas y sus bajezas, sin embargo ahora lo veía todo con cariño, comprendí que me sentía muy ligado a ellos, pero recién ahora comprendía cuánto. En el exilio se es extranjero siempre; extraño todo y a todos, tanto en la tristeza como en la alegría.

Durante la comida todos expresaban su alegría de que hubiera vuelto. Me explicaban lo que habían vivido, sus sufrimientos, sus luchas durante la dictadura. Al mismo tiempo, me decían que se alegraban de que yo no hubiera sufrido como ellos. Me preguntaban solamente la parte turística de mi país de exilio. Yo pensaba que era una suerte que no me preguntaran sobre mis sufrimientos de esos años, se habrían afligido por mí.

Después comprendí que no se les ocurrió que podría haber tenido algún problema o dolor, porque pensaban que el exilio era dorado, y su actitud correspondía a ese sentimiento tan ajeno a la realidad. Tal vez, por eso empecé a sentirme culpable, aun cuando traía mi corazón herido por la crueldad del exilio.

Casi todos los días me invitaban a distintas casas, se me confundía la gente. Me mostraban la ciudad con sus barrios nuevos, los caracoles, los nuevos centros comerciales, etc. Me llamó la atención el alto nivel de confort y decoración en todas las casas que visité. Muchas cosas eran importadas y ese carácter lo señalaban como un éxito importante. Los veía tan contentos que creí que así compensaban sus sufrimientos (¿y los pobres cómo se compensaban?). Me mostraban el Chile consumista y lo cómodo que se sentían en él, era curioso.

Así pasé un par de meses en una vorágine de rostros antiguos y nuevos, calles, edificios, etc. No podía estabilizarme, quería absorberlo todo, rescatar el tiempo ausente. Necesitaba hacer un continuo desde que me fui y ahora que había vuelto, pero no podía. Afectivamente estaba lleno de sentimientos encontrados: alegría, tristeza, perplejidad, cariño, pero sobre todo nostalgia de lo que tenía y no encontraba, como mis antiguos amigos. A pesar de todo, creo que me sentía casi bien. Me ayudaban, sentía que me querían.

Progresivamente, en los meses siguientes ya no me sentía tan bien. Constatava experiencias, algunas previstas, pero otras incomprensibles. El 90% o más de los retornados vivíamos allegados y estábamos cesantes. Esta experiencia es siempre difícil y penosa, porque nunca se tiene vida propia, por no querer molestar uno se siente limitado y tenso.

Empezaron a darme toda clase de consejos y aclaraciones: “porque no has estado aquí no puedes comprender nada”, “tienes que aprender a vivir como nosotros lo hicimos en 16 años”, “tú vienes de afuera, los que nos quedamos sabemos como son las cosas”, etc. Ante esto, con rebeldía y tristeza quería preguntarles “¿y ustedes me comprenden a mí?”, pero me callaba.

A estas frases y muchas más, realmente descalificadoras, seguían las indicaciones de lo que tenía o debía hacer. “Debes ir a FASIC, PRAL, WUS, etc.” Me decían las calles, las micros que debía tomar. (Yo pensaba, ¿por dónde diablos pasará esa micro?).

Tenía necesidad de salir solo, pero cada salida era un peregrinaje: me perdía en las calles; me equivocaba de micro, tenía muy poco dinero; me daba pánico quedarme en la calle sin un centavo, aún no tenía la práctica de caminar 60 cuadras o más. En las calles miraba a la gente, tenía tantos deseos de encontrarme con alguien conocido, una cara amiga, pero nunca ocurrió. Buscaba a alguien y no sabía a quién.

En las distintas organizaciones solidarias me hacían una entrevista, me llenaban una planilla, ofrecían dinero de emergencia. A mí no me dieron, porque “había otros peor que yo”, porque yo tenía donde vivir por ahora y algo de dinero que me había dado mi familia. Pero lo que yo quería y necesitaba eran posibilidades de trabajo. Me sentía solo y desorientado. La gente que me había recibido hacía su vida normal y casi no los veía.

Encontraba a la gente tan distinta, no me gustaba como era, creo que sin darme cuenta empecé a evitarla. Pienso que los que me rodeaban sentían que al recibirme - y muy bien - la inserción era algo mecánico: “Llegó, se bajó del avión y se insertó”.

Cuando oigo la tan repetida frase “los que se fueron y nosotros los que nos quedamos”, lo que escucho es “los que lo pasaron bien y nosotros los que tuvimos que sufrir”, me hiere, me irrita, me margina. Los sentía egoístas, individualistas, competitivos. La peregrinación por las organizaciones solidarias y su trámite burocrático me hacía sentir a veces que no logran comprender al retornado, el que por pudor y dignidad no dice hasta dónde es su miseria humana; porque no sólo se trata de dinero. Sí, ya me sentía angustiado, dormía mal, muchas mañanas despertaba y no sabía dónde estaba, en qué casa, en qué país, cuál era mi quehacer ese día o no tenía nada que hacer; la angustia invadía todo, a mí y a mi entorno. Esperaba callado, temblando; no quería moverme, tenía miedo que me oyeran llorar y me dijeran “¿por qué te afliges, si tienes casa y comida gratis?”; ésta es una de las delicias de vivir de allegado.

Llevaba 8 meses viviendo de allegado, 8 meses cesante también. Con qué fuerzas surgía, entonces, en mi mente y mi alma mi casa, mi trabajo, mi comida, mis amigos que había dejado en el extranjero; me daba cuenta que ellos y los chilenos exiliados eran aún vínculos demasiado importantes, también lo eran mis pequeñas cosas materiales que no pude traer; y que lo que había construido para un mundo transitorio, en verdad, formaban parte de mí.

Una vez alguien dijo: “Los exiliados creen que los van a recibir con los brazos abiertos”, y yo digo: ¿por qué no? En el extranjero así lo hicieron, ¿no podríamos esperar lo mismo de los chilenos, nuestros compatriotas?

Pero al pensar en volver a irme, me invadía una sensación de gran derrota que anulaba el deseo de dejar nuevamente Chile.

Podía esperar cualquier cosa difícil o dolorosa al volver, pero nunca una marginación social y afectiva. Sólo puedo explicármelo en términos del daño global hecho por la dictadura que hizo que la gente llegue a relaciones humanas que implican esa marginación.

Con mayores o menores dificultades he logrado una infraestructura que aunque insuficiente, me permite vivir con cierta independencia. Pero me siento rechazado socialmente, sentimiento en parte subjetivo y también objetivo. He llegado a un momento en que soy yo quien rechaza el medio en que vivo. He dado una gran batalla con mis pares para sobrevivir; me ha dejado muchas heridas en el camino; algunas permanecen abiertas otras cicatrizaron con deformaciones irrecuperables.

Soy muy solitario, a veces agresivo, mi autoestima está dañada. Ya no me interesa insertarme en esta sociedad que aún estoy conociendo. Mis amigos son retornados, hemos vivido lo mismo y nos comprendemos; nos unen los sufrimientos del exilio y del retorno.

Ya no me angustio tanto, acepto mi soledad y la asumo penosamente. He logrado insertarme, pero aún me siento distinto y distante de los que se quedaron. No tuve otra posibilidad y ya no busco otra mejor; acepto mi mundo de pobreza y soledad.

*Presentado en el II Seminario de la Región del Maule, Linares, 16 al 19 de enero de 1991 y publicado en el Libro “Derechos Humanos, Salud Mental, Atención Primaria: Desafío Regional”. Pág. 143:147. Colección CINTRAS.*